El desafío de don CARNAL

Màscaras de carnaval (por J. Gutiérrez Solana, Madrid, colección particular).

Irreverencia, exaltación de la sexualidad y de la buena mesa, subversión de la jerarquía. Ésas son las características del carnaval, la fiesta anárquica por excelencia, que hunde sus raíces en las Saturnales romanas y define su perfil durante la Edad Media, sobreviviendo a las presiones de los poderes políticos y espirituales. En febrero, el mundo se vuelve del revés durante unos días. Les presentamos la historia y los mil rostros de este ejercicio colectivo de libertad, que precede a los rigores de la Cuaresma

Un festín para los sentidos
Giovanni Ciapelli

Necios, feos, cornudos y locos
Martine Grinberg

El carnaval ibérico
Demetrio E. Brisset

Las mil caras de la fiesta
Paola Ventrone

Un soplo de vida
Claudio Corvino

Un festín para los sentidos

Severo y riguroso, el periodo de Cuaresma impuesto por la Iglesia está a las puertas. Es necesario por tanto apresurarse a desahogar todos los instintos

En previsión del rigor de la Cuaresma, durante el periodo de carnaval los banquetes eran una actividad cotidiana. La tradición tiene un significado mágico: el consumo de lo que queda de las provisiones del invierno es una reminiscencia de los ritos para propiciar la fertilidad y la abundancia futuras. Detalle de la *Fiesta campesina* (por Pieter Aersten, siglo XVI, Viena, Kunsthistorisches Museum). El pase del dossier es uno de los disfraces que nunca faltan en los carnavales venecianos: *Il dottore*. Se trata de una máscara originaria de Bolonia, que representa a un notable de la comunidad, un médico, un abogado o un notario. Siempre obeso, *Il dottore*, vestido de negro y con un gran sombrero, es soberbio, vanidoso y muy pedante.

Giovanni Ciappelli
Historiador
Universidad de Trento

EN LA ACTUALIDAD, LOS RITOS DEL CARnaval son los de una sociedad laica y consumista, en la que se cultiva sobre todo lo que se puede comprar o vender: viajes a las localidades que prometen los festejos más espectaculares (Río de Janeiro, Venecia, Cádiz, Santa Cruz de Tenerife), productos y servicios ligados a las fiestas de la semana que precede al martes de carnaval –desde la discoteca a los dulces y los vinos espumosos–, vestidos y disfraces especialmente creados para los niños. Existe una referencia mítica en todos los actos que se realizan en la fiesta de carnaval, referencia que es evocada de una manera más o menos directa tanto en los vestidos como en los temas elegidos para esta ocasión, con los que a menudo se adornan las carrozas.

Adiós a la carne

Pero, ¿cuál es la historia del carnaval? Si prescindimos del antiguo problema de los orígenes remotos, que hunden sus raíces en diferentes prácticas paganas de muy variada procedencia –es superficial la simple identificación con las Saturnalias romanas–, el carnaval, tal y como nosotros lo conocemos, es indiscutiblemente un producto de la Edad Media.

Analicemos en primer lugar, el nombre: abandonadas ya reconstrucciones etimológicas de todo tipo, como *carrus navalis* –alusiva al *carro naval* de la diosa Isis–, o *¡carne, vale!* –fórmula clásica imaginativa de adiós a la carne–, debemos reconocer que posee un origen altomedieval. El primer término expresamente a referido a este periodo del año en las fuentes, no sólo en Italia, sino en general, se encuentra en un acta redactada en Subiaco, en el año 965, donde se menciona como *carnelevare* a uno de los tres momentos del año previsto para el pago de las rentas a una abadía. Otros términos usados a partir esta fecha son *carnisprivum* y *carnislevamen*, procedentes ambos del latín tardío y que insisten en la idea de la privación de la carne. Este mismo concepto está confirmado también en otras lenguas vulgares europeas.

Placer sin freno

En un principio, el término designaba simplemente el día, o los días, que precedían al principal período de penitencia previsto por el cristianismo, la Cuaresma, presente en el calendario litúrgico ya desde el siglo IV. Dada la inminencia de un largo período de privación, que va más allá de la esfera alimentaria, alcanzando a otros tipos de comportamientos (como la sexualidad), la "vigilia" del ayuno –éste, por ejemplo, es el significado de la expresión alemana *Fastnacht*– se convirtió muy pronto en un período de duración variable, de pocos días a muchas semanas, entre enero y marzo, durante el cual se busca realizar todo aquello que en Cuaresma no será posible hacer. En torno a este núcleo inicial, se desarrolla una serie de comportamientos folclóricos de origen precristiano, con los se mezcla todo tipo de influencias: abundante alimentación, olvido de algunas prohibiciones –o comportarse como si se hubieran olvidado– y celebración del paso de las estaciones. Además de propiciar la posibilidad de comer, hacer el amor y divertirse antes de afron-

Una vendedora de salchichas hace su agosto en la temporada de carnaval, en este grabado anónimo florentino del siglo XV (Florencia, Galería de los Uffici), abajo.

tar la penitencia. Para la comunidad, el carnaval asume muy pronto características semejantes a las ligadas al paso del viejo al nuevo año. Es este aspecto, que durante el Medievo ve el inicio del año en la Pascua (Francia), o en la encarnación de Cristo (25 de marzo en Florencia), el que se convierte en particularmente significativo.

Todo esto, unido al renacimiento urbano que se produce en toda Europa a partir de siglo XI, contribuyó mucho, en los últimos siglos del Medievo, a acentuar el carácter público de las manifestaciones ligadas al carnaval.

Ya en el siglo XII, como sucede en Roma o en Londres, las crónicas hablan de rituales *públicos* llevados a cabo por determinados grupos de personas. Casi siempre se trata de jóvenes varones que se organizan en grupos en base a criterios territoriales, sociales o de edad y aprovechan este período para ritualizar el paso, no sólo de una época del año a otra, sino también de una determinada condición, clase o edad, a otra.

Luchas entre facciones

El carnaval se convirtió en la ocasión preferida, especialmente en Italia, para celebrar combates rituales, en los que se ponían en evidencia las luchas entre los diferentes partidos de una misma ciudad –los barrios, los distritos u otras formas de circunscripción, de una manera no muy diferente a lo que hoy en día sucede con el Palio de Siena–, o entre categorías diferentes de ciudadanos –los *milites* contra los populares–, o también de nobles entre sí, que llevaban a cabo un juego en el que lo importante era demostrar la valentía.

Esta costumbre es la causa de que durante la celebración del carnaval comiencen a producirse, dependiendo de los casos, verdaderas batallas entre circunscripciones ciudadanas, que se enfrentan a pedradas, bastonazos o puñetazos. Es un fenómeno inicialmente tolerado por las autoridades municipales, que se intentó reglamentar poco a poco, cuando no reprimir, para evitar los riesgos de orden público que conllevaba su realización. También sucede, sobre todo en las ciudades que

La gran comilona

Destinado a anticipar y compensar los rigores de la Cuaresma, el carnaval es el período de los excesos en la alimentación –además de permitirse en cierta medida la *inversión* de los comportamientos–. Durante las semanas de penitencia que le siguen hasta la Pascua no estará permitido, siguiendo los preceptos de la Iglesia, comer carne y otros alimentos que exciten los sentidos. Del mismo modo, las normativas ciudadanas, recogiendo los preceptos religiosos, ordenan cesar la actividad de los mataderos. Durante el carnaval y las semanas que le precedían, se producía un considerable aumento en el consumo de carne, celebrándose numerosos festines y banquetes; es el caso del jueves lardero y el siguiente sábado, así como el domingo y martes de carnaval. En líneas generales, el significado antropológico de este fenómeno es el énfasis en el paso de las estaciones: se consume lo que queda de las provisiones del invierno, y con ello se intenta propiciar la fertilidad y la abundancia futura.

En algunos casos, como en Nuremberg, los festejos ciudadanos del carnaval son competencia de la corporación de carniceros, lo que confirma parcialmente la importancia de la carne en este período del año. Desde 1459 en adelante, los carniceros de Nuremberg se encargan de organizar desfiles de disfraces y de carrozas enormemente espectaculares.

El renacimiento urbano que tuvo lugar en Europa a partir del siglo XI contribuyó a acentuar el carácter público de las manifestaciones ligadas al carnaval. A la izquierda, ***Mascarada patinando,*** **en una ciudad flamenca a principios del siglo XVII (por Denis van Alsloot, Madrid, Museo del Prado). Desde el siglo XIII, el carnaval es también ocasión para luchas entre nobles o entre diversas categorías de ciudadanos.** Abajo, **miniatura del siglo XV que representa un torneo bajo el palco de una dama (Londres, British Museum).**

A bastonazos

Desde el siglo XII, especialmente en las ciudades italianas centro-septentrionales, el carnaval es el momento propicio para la realización de luchas rituales entre circunscripciones diferentes, cuya finalidad es establecer el predominio de unas sobre otras.

En lugar de armas de guerra, se usaban bastones, piedras o los propios puños; a pesar de ello, los encuentros solían producir víctimas y desórdenes, hasta el punto de inducir a las autoridades a reglamentarlas o intentar suprimirlas.

Es lo que sucede, por ejemplo, en muchas ciudades de Umbría y de Toscana entre 1100 y mediados del siglo XIV. Se trata, sin embargo, de comportamientos que tenían precedentes en los siglos anteriores. Podemos encontrar su rastro en la Rávena bizantina del siglo VII, en otras partes del Imperio bizantino en el mismo período y, todavía antes, en algunas regiones del África septentrional romana. Dado que el área de difusión parece coincidir con el de la dominación romana, es probable que el origen de esta costumbre haya que buscarlo en las luchas rituales entre partes diferentes de la ciudad, ya habituales en la propia Roma al inicio de la edad imperial.

En cualquier caso, la finalidad inicial de todos estos comportamientos era, probablemente, una forma de adiestramiento periódico de las milicias ciudadanas, según un ritual que con el paso del tiempo perdió para la comunidad su verdadero sentido y que, como sucedió en casos similares presentes en otras sociedades –la Grecia clásica y también muchas sociedades primitivas de época más reciente–, servía para subrayar el paso de una estación a otra del año.

El origen de la máscara se pierde en la noche de los tiempos. Acosada por la Iglesia, que llega incluso a considerarla como un ídolo diabólico, acaba convirtiéndose en el símbolo del carnaval. Derecha, **desfile de máscaras de los estudiantes de París.** Abajo, **miniatura francesa del siglo XV que representa a un actor disfrazado de demonio (Universidad de Bolonia, Museo de los Estudiantes).**

Ídolo satánico

Desde siempre, las máscaras se identifican con el carnaval, hasta el punto de que se establece una especie de identificación entre los dos términos. Pero, ¿por qué motivo? Ligada desde sus orígenes remotos a comportamientos folclóricos precristianos, que después confluyen en el carnaval –por ejemplo, los disfraces de animales relacionados con las *Calendae januarii*–, la máscara asume diferentes funciones todavía hoy discutidas por los estudiosos: símbolo de las fuerzas vegetativas de la naturaleza para algunos, del mundo animal y de sus energías vitales para otros, o también del mundo de los muertos –sería, entonces, una personificación de los difuntos de la comunidad, realizada con la finalidad de exorcizarlos o lograr que sean propicios a nuestros deseos–. En cualquier caso, la máscara asimila el portador al sujeto del que toma la fisonomía. Por este motivo fue condenada por la Iglesia desde el inicio, porque rompía la *semejanza* entre el hombre y su creador y corría el riesgo de convertirse en un *ídolo* diabólico. Por otra parte, fue condenada también por las autoridades civiles, porque todo tipo de enmascaramiento o de disfraz puede plantear problemas de orden público, puesto que convierte en irreconocibles a los autores de posibles delitos. Sin embargo, su uso fue tolerado, al menos por las autoridades ciudadanas, en momentos o contextos en los que se podía controlar a los sujetos, como sucedía durante el período de carnaval, o en determinados días, como el martes de carnaval. A finales de la Edad Media, pero sobre todo durante el Renacimiento, disfraces y máscaras alcanzaron una gran difusión en los carnavales urbanos, especialmente en la corte, tanto que dio vida a un específico sector comercial: fueron muy famosas en la Italia del siglo XVI las máscaras de Módena.

poseen una cierta tradición universitaria, que se realicen juegos y ritos violentos entre los estudiantes, como forma de expresión de unos jóvenes que buscan afirmar su propia identidad, en una comunidad que a menudo los ignora.

Todos disfrazados

A partir del siglo XIV, en todas las ciudades de Europa alcanzan una especial difusión, además de los ya tradicionales bailes, las justas y los torneos entre caballeros, en los que participan principalmente los miembros de la aristocracia y de la élite ciudadana. En el caso de las principales familias, con frecuencia se realizaban celebraciones de este tipo en la propia casa del señor, probablemente ligadas al cambio de condición, sobre todo a matrimonios –el carnaval fue, generalmente, uno de los períodos del año preferidos para casarse, sobre todo por su indudable conexión con la propiciación de la fertilidad–. En las poblaciones de la Italia centro-septentrional, o en las ciudades que poseían cierto margen de autonomía con respecto al poder real o imperial –las *bonnes villes du Roy* francesas o las *Freistädte* alemanas–, estos juegos solían ser promocionados por las autoridades ciudadanas como forma de celebración y espectáculo al mismo tiempo y, mientras que en muchas ocasiones eran fiestas realizadas con motivo de la presencia en la ciudad de un huésped ilustre, o para celebrar sucesos faustos para la comunidad, en el período precedente a la Cuaresma se convirtieron en habituales.

De ser una manifestación sobre todo popular, el carnaval se transforma a finales de la Edad Media en un fenómeno elitista, que los nobles festejan en privado. Arriba, **baile con músicos en una miniatura de la *Biblia* de Borso d'Este (siglo XV, Módena, Biblioteca Estense).** Izquierda, **dos enmascarados, uno provisto de un arcabuz y el otro portando una mandolina, en un plato de cerámica de Montelupo, de finales del siglo XVI o principios del XVII (Faenza, Museo Internacional de Cerámica).**

Lo mismo se puede decir de los desfiles de personajes disfrazados o enmascarados, de significado antropológico profundo, desde el siglo XIII bastante comunes en los últimos días de carnaval, pero ligados a la presencia de carrozas alegóricas que nos recuerdan a las actuales, sobre todo las que aparecen a partir del siglo XV.

Fiesta privada

Durante la Baja Edad Media, como consecuencia de la consolidación de los regímenes señoriales, el carnaval, que hasta ese momento se había celebrado con manifestaciones de diferente naturaleza –popular o aristocrática, privada o pública–, se transforma cada vez más en un fenómeno de élites. La fiesta destinada al pueblo es regulada, para evitar las alteraciones del orden temidas por los señores y que eran siempre posibles cuando se permitían comportamientos prohibidos el resto del año. La fiesta celebrada por el señor se circunscribe cada vez más al interior del palacio o de la corte, adquiriendo un carácter casi privado.

Es en esta época cuando se acentúa la tendencia a concentrar todas las actividades lúdicas, como la representaciones teatrales, en los días precedentes a la Cuaresma, ya que después estarían prohibidas durante el período de penitencia.

A finales del siglo XV, el carnaval sufrió una serie de ataques. Después de numerosas tentativas de cristianización, obra de moralistas como Savonarola –son famosas sus "hogueras de la Vanidad" en 1497-98–, tanto la Contrarreforma, como otras instancias religiosas, por motivos diferentes, pero convergentes, apuntaron sus flechas contra esta fiesta, decididamente demasiado *pagana*, con la intención de suprimirla.

Pero el carnaval logró sobrevivir con sus características fundamentales hasta la época industrial. Son las tendencias de últimos decenios, como la desaparición de la incidencia de la Cuaresma en la vida cotidiana debido a la secularización y una cultura que no da ya el mismo significado al ritual y a la fiesta, las que provocan, en la mayor parte de las ciudades occidentales, el cambio del sentido originario del carnaval.

Necios, feos, cornudos y locos

Exaltación de los placeres, iniciación a la sexualidad, burla del orden y la jerarquía, el carnaval es un canto a la abundancia y un desafío al poder

Martine Grinberg
Investigadora del CNRS de París

UNA POESÍA DE SIGLO XIII DESCRIBE el combate entre las personificaciones de dos estaciones del año. Dos señores se enfrentan en una extraña lucha, de un lado Cuaresma, odiado por la gente pobre y amado por los poderosos, moviliza sus tropas, integradas por diferentes especies de peces, como anguilas, arenques o ballenas armadas con espadas hechas con un lenguado; de otro, Carnicería (Carnaval), adorado por sus súbditos porque siembra la abundancia, tiene en torno a sí las carnes, los alimentos condimentados con salsas, los quesos y las tortas rellenas de carne de cerdo. La ardorosa batalla siembra la muerte hasta que Navidad acude en ayuda de Carnicería y lo lleva a la victoria. Cuaresma es condenado al exilio durante un año entero, con la excepción de un periodo de seis semanas y tres días. La temática de este encuentro se reprodujo hasta el siglo XVII y, en algún momento, el conflicto se llevó incluso al terreno de la sexualidad. Frente a los desenfrenos de Carnaval, la abstinencia de Cuaresma.

No solamente carne

Desde el 1500 en adelante, Carnaval no sale victorioso del encuentro, al menos en la ficción literaria. Sin embargo, en el carnaval de 1521, volvemos a encontrar a estos dos personajes y su batalla en las calles de Metz.

Carnaval representa la abundancia, hasta el exceso, de carne y de alimentos que hinchan el vientre causando flatulencia. En estos días se ponían en circulación toneladas de alimentos y los jóvenes recorrían calles y plazas en busca de buñuelos y dulces.

En Perigueux, el martes de carnaval, la ciudad distribuye panceta ahumada a los pobres; en otros lugares, como en Amiens, las autoridades ciudadanas ofrecen vino y platos típicos a todos aquellos que participan en el carnaval y a los músicos que acompañan a las máscaras por las calles.

En el período de carnaval, la iniciación de los varones en la sexualidad adopta formas diversas. El aprendizaje a través del cual los jóvenes deben pasar antes de llegar al matrimonio comprende toda una serie de indecencias y gestos obscenos.

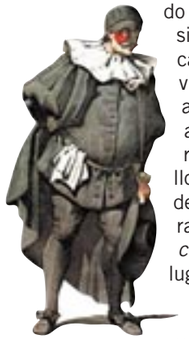
La Abadía de los Necios, la gran confraternidad de Rouen en el siglo XVI, establece que en los días de carnaval, ocultos tras las máscaras, los jóvenes varones tienen el "derecho de estudiar y poner en práctica el arte de amar".

Partiendo de temas comunes, cada pueblo y cada ciudad de Francia inventa su propia fiesta. Ello motiva que el reino del Carnaval, que hace su aparición en el siglo XIII, tenga sus maestros, sus reglas y su lenguaje.

El rey de los solteros

A la cabeza de un reino siempre es necesario un soberano, pero muy a menudo existen dos. Al inicio, entre los escolares, el rey de la Infancia es designa-

En esta *Riña entre el Carnaval y la Cuaresma*, de 1559, el obeso don Carnal, montado en un barril, representa a los protestantes, mientras que la figura compungida y macilenta, con una colmena sobre la cabeza, representa a los católicos (por Pieter Bruegel el Viejo, Viena, Kunsthistorisches Museum).



Burlarse de los fracasos conyugales y de los que se han casado en segundas nupcias era una práctica habitual en carnaval. Derecha, **personajes carnavalescos llevando a cabo una cencerrada, en un dibujo de la homónima novela de Fauvel, siglo XV (París, Biblioteca Nacional).** Abajo, **una mujer y un bufón enfrentados en un naipe de 1545.**

do tras un combate de gallos. En siglo XV entraron en conflicto el cabildo de San Vulfran de Abbeville, que dirigía la escuela, y las autoridades ciudadanas. Se llegó a un acuerdo, según el cual el rey de la Escuela regalaría el gallo vencedor de la lucha al alcalde de la ciudad, para que éste sirviera de testigo en la carrera de la *cholle*, el juego de valor que tenía lugar todos años el martes de carnaval.

Más que el rey de los niños, el verdadero señor del carnaval era el rey de la Juventud –o lo que es lo mismo, de los jóvenes solteros–, a veces sostenido por mujeres recién casadas que todavía no tenían hijos. Los grupos de jóvenes, muy bien organizados en la ciudad, llevan diferentes nombres evocando el mundo de la locura carnavalesca: los Tontos de Amiens, los Necios de Rouen, los Feos de Cambrai, la Madre Loca de Digione, y la Abadía del Desgobierno de Macón, en cuyo sello aparece la imagen de un doble jamón.

La función de estos grupos era siempre la de "hacer el reino", esto es, enmascararse, postular, beber, cortejar a las jovencitas, imponer multas a los cornudos y a los que se han casado de nuevo, llevar al marido que es víctima de vejaciones por parte de su mujer montado al revés a lomos de un asno, burlarse de los fracasos conyugales ocurridos en la ciudad, representándolos sobre carros que desfilan por las calles en los días de carnaval.

Gigantesco abrazo

Durante la última fase de la Edad Media, en las ciudades se inventan numerosas "tradiciones" de las que nos da noticias en su crónica Felipe de Vigneulles, un burgués de Metz: gran cantidad de gente disfrazada por las calles, las clases sociales mezcladas unas con otras, teatro callejero y desfile de los gigantes de mimbre –un hombre y una mujer– llevados por hombres que recorren las calles de la ciudad en un cortejo, acompañados por los miembros del gobierno ciudadano, por grupos de jóvenes y por su *Abad*. Al final, los dos gigantes se tienden uno junto al otro para simular juegos amorosos.

En 1510, todas las corporaciones de trabajadores participan en el desfile con los utensilios propios de su oficio y una carroza transporta a los *locos*, que bailan y hacen reír a los espectadores; no faltan los personajes bíblicos o históricos desfilando montados en caballos que han sido disfrazados de animales extraños, hombres famosos que tenían en común haber sido puestos en ridículo por las propias mujeres y, finalmente, una carroza que representa el "paraíso de los borrachos". Era una carroza sucia, sobre la que iban personajes desaliñados, sentados alrededor una mesa, entretenidos en beber y comer con modales groseros, que cantando y gritando torpemente embelesaban a los transeúntes.

En Lille y en las ciudades de la Francia septentrional, el espectáculo era todavía más grandioso y el carnaval acaba por adquirir un papel casi diplomático.

Es famosa la fiesta de La Espineta de Lille, en la que participaban señores, burgueses y artesanos. Las justas son el colofón de la fiesta. El rey de la Espineta se presenta a caballo y armado, lleva vestidos lujosos y su corcel va enjaezado con la misma ostentación. Es la ocasión adecuada para contemplar a 24 justadores de Valenciennes vestidos como salvajes, montados a caballo, cubiertos con pieles de animales exóticos o con plumas de ave y armados con mazas envueltas en haces de cañas. En estos días de fiesta, los miembros de la sociedad burlesca se desplazan de un lugar a otro. En 1495, por ejemplo, en Cambrai fueron invitados a desfilar, dar vida a escenas cómicas en las calles y beber a expensas de la ciudad que les hospedaba, las sociedades de Arras, Lille, Douai y Saint-Quentin. Todo esto se hacía, para "mantener el amor y la fraternidad" entre diferentes ciudades.

Llegan los Locos

Podía suceder cualquier cosa cuando el tropel de los Locos llegaba a Digione. Con el gorro de sonajeros en la cabeza y blandiendo el bastón de los bufones de la corte, sus *ejércitos* desfilan detrás del estandarte de la compañía de la Madre Loca. Sus componentes hacen concursos de mentiras y baladronadas, juegan con las palabras, denuncian las debilidades humanas y las de la sociedad.

Los Necios de Rouen han pasado a la historia como maestros en todas estas materias. Recomendaban a sus súbditos que se ganasen la vida gracias al saqueo, que aprendiesen juegos amorosos, pero sobre todo se lamentaban del mundo en el que están obligados a vivir. En 1541 el tema del gran desfile es "el funeral de la Mercancía". El Abad de los Necios es acompañado por el Patriarca de los Sifilíticos, por hombres salvajes, por personajes alegóricos –la Iglesia, el Trabajo, el Riesgo, el Disimulo...–, por una especie de fantasmas llamados las "sombras de la Necedad" y por otros muchos. Cierran el desfile cuatro hombres, un papa, un emperador, un rey y un loco que se pasan un balón que representa el mundo, "para que de este modo sufra lo más posible".

Trasladémonos al Tribunal de los Necios, que ejercita su labor en los denominados días de carnaval. Una mujer se lamenta porque su marido no es capaz de satisfacer sus necesidades femeninas. Se caldea la discusión desatada en torno al enfrentamiento entre el apetito sexual del hombre y el de la mujer. El tribunal concluye que toda mujer, para poder ser satisfecha, debe disponer, además de un marido, de uno o dos amantes, siempre cuando esto lo realice con gran discreción, para que no sea acusada de ser una ramera.

El peculiar mundo del carnaval se hace cada vez más crítico con la forma de vida tradicional y con la ciudad medieval. Esto motiva que la fiesta sea acusada de paganismo e inmoralidad por la Iglesia, y de perturbar el orden público por el poder temporal. Sin embargo, gracias a la abundancia de símbolos y de costumbres que están ligados a él, el carnaval resiste los ataques. Muere y renace, del mismo modo que cada año el invierno muere con la última luna cornuda del martes de carnaval, para dejar espacio al regreso de la primavera.

Arpista y bufón bailarín, en un grabado coloreado de G. de Genouillac, de finales del siglo XIX.

La esposa perfecta

En Amiens, en la segunda mitad del siglo XV, en el carnaval se representaba un poema del siglo XII, el *Jeu d'Audigier*. La historia evoca la borrascosa existencia de un cierto Audigier, nacido en un pueblo donde la gente vive rodeada de excrementos. Bautizado en una tinaja donde su madre orinaba, alimentado con huevos empollados y cebollas podridas, alcanza la edad de la iniciación y como todo caballero parte a recorrer mundo. Hecho prisionero por la *vieja Grinberge* es víctima de las peores crueldades escatológicas. Logra escapar, regresa junto a su madre y finalmente se casa con una mujer perfecta para él, ya que no se había lavado nunca, ni jamás había usado una bayeta para limpiar los suelos...

El carnaval ibérico

En el ciclo festivo de las mascaradas invernales, la Península Ibérica destaca por sus representaciones teatralizadas, con antiquísimos personajes y acciones simbólicas

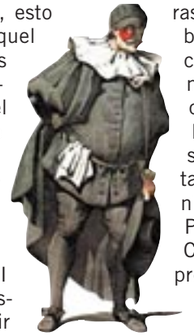
Demetrio E. Brisset
Antropólogo
Universidad de Málaga

EL DOMINIO DEL INVIERNO, CON SU FRÍO, nevadas, oscuridad y escasez de alimentos, fue ritual y mágicamente combatido entre los pueblos ibéricos. Las fiestas del ciclo invernal tenían diversos inicios, alrededor de las calendas de enero. En la Hispania visigoda del siglo VII, san Isidoro de Sevilla critica que los mismos fieles, "adquiriendo monstruosas apariencias, se disfrazan a modo de fieras, otros toman aspecto mujeril, afeminando el suyo masculino (...) hacen gritería y danzan y con torpe iniquidad se unen los de uno y otro sexo formando cuadrilla, y la turba de depauperados espíritus se excita con el vino". Respecto al mes lunar clave del periodo invernal, el que sigue al solsticio, su nombre pro-

Derecha, **en este *Baile de máscaras*, 1938, J. Gutiérrez Solana refleja la estética de las fiestas de carnaval en la España rural (Madrid, Col. Marañón).** Abajo, **los carnavales de Cádiz recuperaron su nombre tras la muerte de Franco, en lugar del de *fiestas de primavera*, con el que habían logrado subsistir.**

El aspecto erótico y burlesco de las fiestas de carnaval, que viene reflejado en las crónicas desde el siglo VII, mantiene su vigencia en la actualidad, como muestra este desenfadado disfraz, captado por el autor en Cádiz, en los carnavales del año 2000.

viene de que "febrero llaman a Februa, esto es, de Plutón, a quien sacrificaban en aquel mes, a febrero consagraron los Romanos a los dioses del infierno". Y estas celebraciones apenas se alteraron durante el paso del paganismo al cristianismo, que las integró a su calendario religioso, marcando su final el miércoles de ceniza, como pórtico a la cuaresma.



Torneos de calabazas

En la Hispania cristiana del siglo XIII se empezó a llamar a estas fiestas en castellano carnestolendas –ya que a partir de ese momento no se podía comer carne para cumplir con el precepto cuaresmal–; *entroydo* o *antruejo* en gallego (por influencia de los benedictinos) e *iñaute* en vasco. En el siglo XIV surge el nombre carnal, y no será hasta el XVI cuando se extienda el italianizado carnaval.

Conocemos su celebración en la fronteriza Jaén de 1464, gracias a la crónica del condestable Iranzo: con un "grande fuego de mucha leña", corrida de sortijas a caballo, danzas y el "juego de los hortelanos", que bien defendidos con armaduras vegetales y provistos de grandes calabazas, "hacían un torneo muy bravo de calabazas, dándose con ellas hasta que no quedaba ninguna sana", y con un banquete finalizaba el martes de carnestolendas. Es curioso que en el mismo año se celebrase el carnaval en la renacentista Florencia con una "batalla de bolas de nieve".

Poco después de ser coronado, el joven Carlos I de Habsburgo, firma una ley prohibiendo disfrazarse con máscaras, "porque del traer de las máscaras resultan grandes males y se disimulan con ellas y encubren, mandamos que no haya enmascarados en el Reyno", siendo penalizados: "si fuera persona baxa, cien azotes públicos; si noble, le destierren seis meses" (1523). Las influencias renacentistas relajaron la prohibición, hasta el punto de que al desposar el príncipe Felipe a la reina María Tudor, los toledanos lo celebraron con unas fastuosas fiestas "por la conversión de Inglaterra al Catolicismo", desde mediados de febrero hasta el "Martes de Carnestollenda", saliendo a la calle una amplia gama de máscaras de: "moros, judíos, doctores, disciplinantes, salvajes, locos, cornudos, romeros, diablos, hermitaños, amazonas, ninfas, cardenales, monjas, Celestina, reyes, pastores, vizcaynas y aún frailes (aunque la justicia lo prohibió)".

Mujeres en hábito de hombres

Entre las máscaras que más gustaron estuvieron "las mujeres de la mancebía en hábito de hombres en una dança a pie, bailando con panderos; una cuadrilla de inocentes con las mismas ropas de los locos de Casa del Nuncio y su bacín pidiendo como ellos andan; un cortejo carnavalesco con Santiago armado; el juego de los naranjazos; Lutero caballero en una bestia vestido como ánima en cueros, con muchos diablos alrededor que le iban dando de hachazos y tizonazos"; y especialmente la "boda de aldea: a pie con su tamboril y con el virgo de la novia que era una sábana ensangrentada en un gran plato, y bailaron delante del Sr. Arzobispo, de que Juan del Enzina ante la corte de los duques de Alba en 1492. Y el mismo Lope de Vega ayudó a organizar y actuó como *botarga* (bufón) en una escenificación de esta alegórica batalla en Valencia en 1599, con motivo de los festejos nupciales del recientemente coronado Felipe III. En nuestros días, en la murciana Águilas se sigue representando este incruento y festivo combate.

La teatralizada lucha de carnal y cuaresma

Dentro de los rituales mágico-religiosos, la personificación de los elementos vitales resulta simbólica. Los básicos principios naturales opuestos relacionables con la pareja primavera-invierno serían: la luz y la oscuridad, el calor y el frío, el placer y el dolor, la vida y la muerte. Añadiendo una visión religiosa, se podrían reflejar en la pareja antagónica carnaval-cuaresma. Así, el Arcipreste de Hita escribió en castellano en el siglo XIV su *Libro del Buen Amor*, donde describe de modo plástico y representable la batalla entre Doña Cuaresma –"sierva del Criador y por Dios eviada a todo pecador"– y Don Carnal "goloso, que nunca se harta", quien acabará vencido y prisionero tras la descomunal pelea. Ya como texto teatral fue representado por

En muchas localidades rurales de España, la prohibición franquista de los carnavales no llegó a ser efectiva y se mantuvieron en vigor costumbres de rancio abolengo. Abajo, ***El carnaval en la aldea*** **(por J, Gutiérrez Solana, Madrid, Colección particular).**

Las acciones teatralizadas

Quemas de imágenes simbólicas del carnaval se dan en muchas partes, a veces con interpretaciones locales, como en los casos del navarro Lanz, donde creen que el pelele representa a Miel Otxin, un antiguo bandolero de la zona, y la cacereña Villanueva de la Vera, donde su Pero-Palo se supone fue un judío traidor y usurero. En Ourense se personifica al *antroido* como un militar que cabalga un asno. A menudo son dos los peleles que se queman, un hombre y una mujer (Meco y Meca), que si lo unimos con la confección y quema por parte de las mozas de los compadres, mientras los mozos hacen lo mismo con las comadres, revelaría una subyacente "guerra de sexos".

Abundan los juegos o actos rituales elaborados teatralmente, como entremeses, destacando la cadena narrativa *Juicio, sentencia y muerte del carnaval*, que se encarna de muy diversas formas, desde el *judas* o Pero-Palo al *Pansart* pirenaico, la *zorra* alpujarreña, el *guirria* leonés y el *oso* cántabro. En muchas zonas, les acompañan variopintos cortejos, que en el caso de las *vijaneras* suele incluir al galán y la madama, partos imprevistos de ancianas que dan a luz gatos, y el paseo, apaleamiento y muerte simulada del oso. Deteniéndonos en el tan extendido personaje del oso, aparece encadenado por su domador (amo o zíngaro), formando una pareja equivalente a la medieval del hombre salvaje cautivado por el guerrero. Tanto el oso como el salvaje están recubiertos de pieles, paja o musgo, y simbolizan al invierno y las fuerzas de la Naturaleza, domesticadas por la cultura. Y ambos suelen perseguir a las mozas. En los Pirineos se efectuaba la pantomima de la caza del oso, que tras raptar a una moza era perseguido –a veces de noche, con antorchas–, capturado, juzgado y muerto. Serie de acciones que también se sucedían en las pastorales vascas o tragicomedias de carnaval, herederas del teatro paródico de las fiestas báquicas. La semejanza entre las fiestas de Carnaval y las de Dioniso y Baco es patente e indicadora de la persistencia de las religiones paganas en estas fiestas.

Para terminar con las más singulares fiestas de carnaval actuales, tendríamos la gran cabalgata de Santa Cruz de Tenerife, el concurso de coros, murgas y chirigotas de Cádiz y las corridas de toros de Ciudad Rodrigo; junto con la parodia del Corpus (Solsona) y de Boda (Casar de Cáceres), el Rey Carnestoltes (Reus), el desfile de carrozas homosexuales (Sitges), la tamborrada y toros embolados de Tolosa y la rotura de botijos de Alconchel (Badajoz).

Permanencia de ritos antiguos en España

Parece increíble la persistencia de antiquísimos rituales carnavalescos por toda la geografía ibérica. Durante nuestro "ciclo carnavalesco", siguen saliendo mojigangas, momadas y murgas, que cantan coplas burlescas, junto con las enigmáticas máscaras de *entroidos*, *cigarrones*, *zancarrones*, *mozorros*, *guirrios*, *peliqueiros*, *choqueiros*, *cascamorras*, *carantoñas* y *zipoteros*, que provistos de vejigas de cerdo infladas o látigos, tienen la potestad de fustigar al público sin sufrir represalias. Estos enmascarados, especie de demonios burlescos y terroríficos al mismo tiempo, desde la antropología se interpretan como imágenes de los espíritus malignos de los muertos, a los que se intentará convencer de que ahuyenten los males y regresen a sus sepulturas.

Un precedente histórico se tiene en la cofradía romana de los *luperci*, que celebraban en febrero las *lupercales*: vestidos con pieles, corrían por las calles golpeando a los transeúntes con correas de piel de cabra, y se suponía que otorgaban la fecundidad a las mujeres (Plutarco). En España, esta conexión es evidente en los carnavales de Ánimas que aún perduran, donde una soldadesca de la Hermandad de ánimas recolecta dinero para el culto a las ánimas benditas, como en la cacereña Villar del Pedroso –relacionada con la romana Augustóbriga– y en Cadalso de los Vidrios (Madrid), donde juegan la bandera los que aportan dinero. En Extremadura siguen vigentes las jerárquicas cofradías de ánimas. Y en Herencia (Ciudad Real), durante el franquismo consiguieron eludir la prohibición del carnaval al llamarlo "Fiesta de Ánimas".

Otra conexión que se mantiene es con los juegos de escarnio y de vendimia, así como las fiestas de locos, inocentes y obispillos, que han buscado aquí refugio profano. También quedan restos de los reinados de solteros y del rey de gallos, sustituidos por los Reyes Magos. La crítica social se manifiesta libremente, en especial con los cortejos que satirizan los diversos oficios, las cencerradas, y los sermones y testamentos de las diversas representaciones del invierno y los males, que luego serán quemados y enterrados, bajo forma de peleles humanos o animales como la sardina, el besugo, el burro y el zorro. El recuerdo de los antepasados llega a manifestarse en Galicia con el entierro del *antroido* en castros celtibéricos cercanos y desde hace siglos deshabitados.

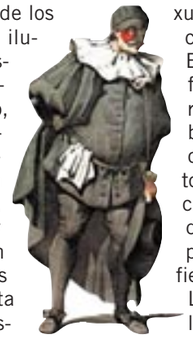
También siguen teniendo lugar los combates rituales entre grupos de jóvenes varones, especialmente en las mascaradas territoriales entre pueblos limítrofes, como las *vijaneras* de Cantabria, los *zampantzar* de los mozos con pieles y cencerros de la montaña navarra, parecidos a las zamarronadas asturianas, y los *encontros dos generales* del río Ulla gallego. Este aspecto entroncaría con los enmascarados que aparecen en ritos de iniciación de mozos por todo el mundo, para demostrar su valentía y madurez sexual, además de ayudar a resolver los conflictos de territorialidad entre tribus o parroquias vecinas.

Entre los más extendidos actos rituales, normalmente a cargo de los quintos, tenemos las peticiones de huevos y chorizos para su banquete comunal, las corridas de gallos –ave al que se acusa de libidinosa– y las ficticias vaquillas de armazón de madera, que levantan las faldas de las mozas. Ambos ejemplos, propiciatorios de la fecundidad. Respecto a los productos que se arrojan los participantes, hay tanto globos de agua, harina y hollín como huevos cocidos, arenques, guindillas, tomates, merengue y caramelos, sin olvidar las enormes hormigas que se esparcen en la gallega Laza, a las que se ha enfurecido previamente, rociándolas con vinagre.

El *antroido*, nombre que recibía el carnaval en Galicia desde el siglo XIII, floreció especialmente en Pontevedra en el siglo XIX. Arriba, **comparsa del *antroido* de 1888 (Museo de Pontevedra).**

él se halagó mucho, y el alcalde llamaba al escribano para que diese testimonio del virgo".

Fue tal la efervescencia festiva con miles de máscaras, que hasta los ciegos sacaron la suya, encarnando a los Diez Mandamientos y cantando coplas alusivas "a la vuelta a la iglesia de los ingleses", lo cual se demostraría vana ilusión de quienes creían que "Felipe castellano, convirtió al pueblo profano", según la relación de Sebastián de Horozco, 1555. Como se aprecia, tanto el aspecto erótico como el burlesco de las mascaradas invernales están presentes en la imperial Toledo. Su extensión era tal, que en la visita que Felipe siendo ya rey efectuó a sus territorios aragoneses, en 1585, coincidió en Zaragoza con las *carnestollendas*, de las que el cronista oficial dirá que "es en España la costumbre que van en máscaras por las calles diciendo coplas y cosas para reir, echando huevos llenos de agua de colores donde ven doncellas en las ventanas, ésta es la mayor inclinación de los de esta tierra, que son muy deseosos de luxuria (y) echan manojos de harina, o nieve si cae, o naranjas".



En Reus (Tarragona) las referencias a la fiesta invernal se remontan al siglo XV, apareciendo documentos a partir de 1613 sobre "batallas con frutas y hortalizas". En la ciudad de Granada, el domingo de carnestolendas de 1637 disfrutó de dos espectáculos harto distintos: por la mañana, "auto de fe", con seis penitenciados a la hoguera; por la tarde, "celebraron los caballeros una fiesta de toros y juego de cañas".

Los jesuitas combatieron los excesos carnales de estas fiestas, proponiendo como alternativa el piadoso "ejercicio de las cuarenta horas", que consistía en asistir en la iglesia a sermones y música sacra durante el reinado del carnaval. Esta tradición en parte se recuerda hoy día en Novelda (Alicante), con su procesión de las cuarenta horas el mismo martes de carnaval. En general, durante siglos se produjo una lucha entre el pueblo, liberado festivamente de las normas sociales, y las autoridades, que no deseaban perder el control callejero. Para limitarnos a un caso, en las *Ordenanzas Municipales de 1875* de Bérchules (Granada), en el capítulo de "Festividades Populares" se regula que "durante los días de Carnaval se permitirá andar por las calles con disfraz y caretas solo hasta el anochecer y sin entrar en las tabernas, prohibiéndose usar trajes de ministros de la Religión y altos funcionarios del Ejército y del Estado", bajo multa "de dos a cinco pesetas".

Tenerife (arriba) **es otro de los escenarios donde los carnavales han alcanzado mayor lustre en España, con coloristas desfiles de modelos, cuyo coste contrasta con la improvisación modesta, pero más satírica, de estos dos gaditanos** (izquierda).

El héroe que llegó del mar

Un buen ejemplo de la renovación del ritual se tuvo en Pontevedra capital, cuando un círculo de ilustrados promovió en 1876 una fiesta cívica, con la colaboración de músicos, pintores y decoradores en comparsas y carrozas de aire italianizante: la cabalgata y actos del "Reinado y Muerte del rey Urco", mítico héroe que llegó del mar, tras haber cautivado a unos piratas, y con ayuda del mismo Baco cercó el castillo de Teucro, fundador de la ciudad. Los combates y danzas finalizaban con la muerte y funerales del rey del carnaval. En años sucesivos se repitió esta farsa, modificada en 1888 en torno a "Urquín II y su corte". A nivel general, según dice el maestro Caro Baroja sobre el carnaval urbano, "del siglo XVIII al XIX [...] los disfraces de Italia y París, fueron adoptados por la burguesía y la aristocracia. Grandes bailes y lujosas cabalgatas sustituyen a festejos más sencillos y a costumbres más rústicas", hasta su hundimiento en la década 1920-30.

En estos años, en la aislada aldea alpujarreña de Yegen, Gerald Brennan narra que "los jóvenes se ponían antifaces y organizaban una procesión, en la que no faltaba la litera en la que dos mozos, uno de ellos disfrazado de mujer, pretendían hacer el amor, con movimientos expresivos y palabras obscenas". Luego, tras hogueras y bailes, culminaban las fiestas con el paseo nocturno bajo antorchas de una piel de zorro, que "enterraban enfrente de la iglesia, con ceremonias religiosas y un sermón burlesco", lo que le parecía significar al viajero inglés el entierro del año viejo. Otra vez, confluyen erotismo y parodias sagradas en un ritual rural.

La ruina de los carnavales culminaría con la prohibición dictada por el Gobierno rebelde de Franco en 1937. En muchas localidades rurales, la prohibición franquista no llegó a ser efectiva, manteniéndose en vigor costumbres de rancio abolengo. Tras la muerte del dictador, en la mayoría de las ciudades se han recuperado, aunque en tono menor, dada la proliferación de festejos de nuestra profana sociedad, donde

Las comidas de carnaval

El gran protagonista de los banquetes de esta época es el cerdo, con sus múltiples derivaciones, frescas o embutidas. Solía compartir mesa con las quesadillas o tortas de queso. Entre los vascos se unían el tocino y los huevos, así como la butifarra y los pies de puerco entre los catalanes. Quizás los más elaborados ritos culinarios se dan en Galicia, destacando sus *filloas* o tortillas de leche, sangre de cerdo y harina, y su *bica* o bollo de maíz sin levadura. También se pueden señalar la puchera, con la lengua y el lomo del cerdo, de Huelva, y la cuajada o goloso dulce granadino. El "jueves lardero", que precede al carnaval, es un día especialmente opíparo, en el que se solían depositar alimentos para los difuntos. Y respecto a las bebidas, sobresale la cuba de vino tinto gratuito en la plaza Mayor de Cebreros (Ávila).

Las mil caras de la fiesta

En Venecia, caza mayor; en Florencia, justas de caballeros; en Roma, carreras con apuestas; y en toda Italia, comedias a la carta

Paola Ventrone
Universidad Católica de Milán

EN LA ACTUALIDAD, EL CARNAVAL POSEE una serie de imágenes bastante precisas, e igualmente puntuales son las características que la antropología cultural y la historia del folclore han considerado propias de este período: la "inversión" ritual de las jerarquías sociales, gracias a la cual los pobres o los locos visten las ropas de los señores y se permiten ridiculizarlos con bromas a menudo pesadas; el mito del País de Cucaña, en el cual los instintos primordiales –hambre, sexo y juego– pueden encontrar libre desahogo, antes de que se retome la continencia cuaresmal o mejor, antes de que se deba volver al orden establecido. En resumidas cuentas, un período donde todo es lícito y que, en estos términos, ha entrado en nuestra imaginería incluso por medio de célebres representaciones de algunos cuadros de Hieronymus Bosch el Bosco, o de Pieter Bruegel el Viejo.

Pero en realidad, lo que la historia nos transmite es que, más allá de los pocos tratados ligados al consumo de alimentos o al uso de la máscara, el carnaval en Italia, a diferencia de cuanto sucede en algunos países del Norte de Europa, era una especie de contenedor en el que se agrupaban numerosas formas de espectáculo y de representación, diferentes de unas ciudades a otras y en las que no siempre era claramente reconocible su naturaleza "carnavalesca". Era una diferencia debida a la fragmentación política de la Península, en la que repúblicas como Venecia o Florencia elaboraban rituales ciudadanos y formas de celebración, en nada semejantes a las existentes en las cortes de Ferrara, de Roma o de Nápoles. Por tanto, vale la pena examinar algunos ejemplos que nos aproximen a las diferentes manifestaciones que caracterizaban el periodo de carnaval.

La Plaza de San Marcos, en Venecia, era escenario de juegos de toros durante los carnavales, como recrea este óleo del siglo XVII (por Josef Heintz el Joven, Roma, Galería Doria Pamphili).

Toros en la Plaza de San Marcos

En Venecia, entre los espectáculos tradicionales organizados por las autoridades civiles, encontramos la caza de toros y cerdos que tenía lugar el jueves de carnaval en la plaza de San Marcos. Los animales, dejados libres en el interior de un graderío –en veneciano, *soleri*– que rodeaba la plaza, eran instigados y perseguidos por perros hasta que, agotados, eran decapitados de un certero un golpe de espada por un carnicero, miembro de la corporación a la que estaba reservado el honor de poner fin a la caza. El público que asistía a esta manifestación estaba compuesto tanto por la población que se agolpaba en los márgenes de la plaza, como por el patriciado ciudadano y los huéspedes de honor –príncipes forasteros y embajadores–, que normalmente eran invitados con motivo del carnaval y que ocupaban las gradas ataviados con sus vestidos más lujosos y con el rostro cubierto por máscaras. El lujo de los vestidos era tal, que muchas veces, en el transcurso del siglo XVI, el gobierno ciudadano intentó limitarlo con leyes suntuarias, pero siempre sin éxito. La caza generalmente era seguida por la representación de una pantomima, espectáculo típicamente veneciano, que mezclaba con habilidad el mimo y la danza para interpretar fábulas de argumento mitológico y que era realizado por actores enmascarados. Así sucedió en 1504, cuando fue representado el descenso de Orfeo a los infiernos o, en 1515, con el juicio de París.

En Florencia, desde mediados del siglo XV, el espectáculo tradicional del carnaval era el torneo que tenía lugar en la plaza de la Santa Cruz, vallada y adornada para la ocasión, como sabemos por algunos testimonios iconográficos de la época. Se trataba del encuentro frontal entre parejas de caballeros, armados con una lanza y protegidos por una armadura, que recíprocamente intentaban golpearse la cabeza protegida por un yelmo. El vencedor era designado en base al número de puntos obtenidos, que era calculado, con reglas precisas, por los jueces del concurso. Más allá de los componentes puramente técnicos de la lucha, lo que sobre todo atraía la atención de los espectadores era el lujo exhibido por los caballeros durante la "muestra", es decir en el momento precedente al encuentro armado, en el cual los participantes, acompañados por donceles y escuderos, desfilaban por diferentes calles de la ciudad, vistiendo lujosas indumentarias y haciendo ostentación de objetos de delicada factura.

En la Roma de los Papas, las fiestas de carnaval estaban ligadas a las plazas Agone y Testaccio, donde se celebraban combates y carreras de carácter burlesco. Arriba, **carnaval en Roma, según un óleo del siglo XVII.**

Canciones con doble sentido

Característicos del periodo de carnaval eran

Derecha, **ilustración de la portada de una colección de *Cantos carnavalescos,* compuesta por Lorenzo el Magnífico para los músicos y cantores de su corte.** Abajo, **rito de la *Sierra Vieja*, una tradición típica del final de carnaval en la Italia central, en un dibujo del siglo XVII.**

Batalla de bolas de nieve

Incluso los más inocentes juegos del carnaval podían asumir el significado de mensajes políticos. Es el caso de una batalla de bolas de nieve que tuvo lugar en Florencia en el mes de febrero de 1464. Aprovechando la escenografía natural ofrecida por la nevada ciudad, un grupo de jóvenes, hijos de las mejores familias florentinas, se acercó de noche hasta el palacio de los Strozzi, en un cortejo iluminado por antorchas y con acompañamiento musical. Allí comenzaron una encendida batalla de bolas de nieve con la bella Marietta de los Strozzi, cuyo rostro de alabastro competía con la blancura de la nieve, como recuerda la carta de Felipe Corsini a Lorenzo el Magnífico. La apariencia del juego era, obviamente, la de un juego amoroso, sin embargo su sustancia era de naturaleza exquisitamente política. Los protagonistas del suceso fueron Bartolomé Benci, un fiel partidario de los Médici que guiaba la brigada de los jóvenes, y Marietta, la descendiente de una familia contraria a los Medici, cuyos miembros se habían exiliado por toda Italia debido a su oposición a esta familia. El espectáculo significaba una primera tentativa de revancha, encubierta por una forma lúdica, entre en estas dos casas rivales.

también los desfiles de hombres enmascarados que cantaban canciones polifónicas, denominadas cantos carnavalescos, en los cuales la descripción detallada de los gestos típicos de los diferentes oficios –como en la Burla de los Injertadores, la de los Perfumeros o la de los Panaderos, por recordar solamente algunos títulos famosos– escondía un doble sentido erótico, cuando no marcadamente obsceno. La imagen de un Lorenzo de Medici consagrado a la producción de espectáculos ha atribuido al Magnífico la invención de este tipo de entretenimientos, que en el siglo XVI tuvo un notable éxito gracias a la introducción de carros triunfales que representaban, enfatizándolo, el argumento de las canciones.

En la Roma de los Papas, las fiestas ciudadanas del carnaval estaban ligadas, por antonomasia, a las plazas Agone y Testaccio donde, desde el Medievo, se celebraban carreras agonísticas, o palios, casi siempre de carácter irrisorio, que estaban destinadas aumentar en número en el transcurso de los años. A mediados del siglo XV, se articulaban de la siguiente manera: una, por los hebreos, obligados también a financiar el carnaval con un impuesto especial; otra, por los muchachos menores de quince años; otra, por los jóvenes; otra, por los ancianos de más de 60 años; otra, por los asnos; y la última, por los búfalos. Las carreras eran motivo de escarnio por parte de la población, que se divertía viendo correr a jóvenes alocados y viejos que llegaban al ridículo por los achaques de su edad. Por otro lado, eran espectáculos que propiciaban las apuestas, un elemento muy importante que contribuyó al éxito que tuvieron en toda Italia estas manifestaciones. También en Roma, al igual que en Venecia, se celebraba después una caza de toros.

Alegorías y mensajes

La presencia de prelados y cardenales disfrazados, durante las fiestas ciudadanas, es ampliamente destacada por los cronistas, que subrayan como la afanosa búsqueda de máscaras y vestidos originales, pronto traspasó los confines del Estado Pontificio para adentrarse en ciudades como Ferrara, famosa por sus manufacturas de este tipo de objetos. Precisamente fue el impulso de las máximas autoridades eclesiásticas lo que provocó la progresiva infiltración, en los espectáculos tradicionales, de algunos elementos derivados de la cultura humanística, como la aparición de carros triunfales de temas históricos –el Triunfo de Tito y de Vespasiano, en 1499, el de Julio César, de 1500– que daban a la fiesta significados alegóricos comprensibles solamente para el público más culto y mensajes políticos dirigidos tanto a la ciudad como a los huéspedes extranjeros.

Las compañías de la calza

Pero lo que verdaderamente distingue el carnaval italiano a partir del siglo XV, evidenciando al mismo tiempo su naturaleza de contenido ecléctico, fue la introducción, en los ambientes privados y cortesanos, de representaciones dramáticas y, en particular, de comedias. Estas últimas, que en principio eran traducciones de los clásicos latinos Terencio y sobre todo Plauto, para utilizarse después originales creados por literatos y humanistas, se convirtieron, desde finales del siglo XV, en el núcleo más importante y esperado de las fiestas, tanto por la suntuosidad de los vestidos y de los decorados escénicos, como por su novedad en el panorama de las formas dramáticas hasta entonces conocidas; una novedad que le confería el valor simbólico de ser el testimonio de la penetración de la cultura antigua en la sociedad italiana, dando al príncipe, o a quien promovía estas representaciones, prestigio y distinción.

En la Ferrara de Ercole I de Este, a partir de 1486 con la recitación de los *Menechmi* –o mejor, de los *Menechini,* según su título vulgarizado– en el patio del palacio ducal, el carnaval fue la ocasión perfecta para llevar a cabo verdaderos festivales de Plauto, en los que año tras año se llegaban a representar hasta cinco obras del cómico latino en días consecutivos, mientras que, de tanto en tanto, se recitaban también textos modernos, como la *Fábula de Cefalo* de Nicolás de Correggio (1487) o la *Cassaria* y los *Suppositi* de Ludovico Ariosto (1508 y 1509). Si Ferrara fue la primera ciudad donde las comedias fueron sistemáticamente incluidas en los festejos del carnaval, muy pronto esta moda se extendió a toda la península italiana. En Roma, donde pontífices como Julio II y León X y cardenales como Pedro Riario acogieron representaciones de dramas antiguos y modernos en sus respectivos palacios, incentivando a artistas como Peruzzi y Rafael en la búsqueda de escenografías cada vez más impresionantes; en Venecia, donde en las denominadas compañías de la calza, compuestas por jóvenes patricios que vestían como distintivo unas calzas multicolores, adornadas de emblemas y símbolos, como se puede observar en muchas pinturas de Vittore Carpaccio, organizaban en las moradas principescas fiestas, bailes y banquetes, frecuentemente aderezados por la presencia de cortesanas, en los que eran recitadas las últimas novedades del momento, desde las comedias de Runzante a la *Mandrágora* de Maquiavelo o las obras de Ariosto.

El vuelo del turco

Entre los juegos presentes en Venecia en las fiestas de carnaval, el jueves de carnaval se realizaba el denominado "vuelo del turco". Introducido a mediados del siglo XVI, consistía en el deslizamiento de un funámbulo, vestido a la manera oriental, a lo largo de una cuerda ligada a un sistema de poleas. El cable partía del Campanile de la Plaza de San Marcos y llegaba hasta el centro de la galería del Palacio Ducal, por la parte de la plazuela, donde se asomaba el dogo con su corte de patricios y de damas.

Al terminar su vuelo, el acróbata ofrecía al príncipe un ramo de flores y una poesía. Se trataba de una diversión muy apreciada por las masas, atraídas sobre todo por la peligrosidad de la empresa, que tenía lugar íntegramente sobre las cabezas de cuantos se agolpaban en la plazuela y que, en el actual carnaval veneciano, ha sido sustituido por el vuelo de una gran paloma, que, a mitad de su recorrido, se abre y deja caer confites de todos los colores, como buen augurio para el inicio de la nueva estación.

Portada del *Anfitrión*, de Plauto, en un códice medieval. Las obras del comediógrafo latino eran de las más representadas durante el carnaval (Madrid, Biblioteca Nacional).

Un soplo de vida

En las viejas tradiciones medievales, el aire era portador de vida y una simple ventosidad podía tener concepciones genéticas y escatológicas, como las sátiras en las que los campesinos nacían de un pedo de asno. Derecha, **juglar y flautista en una miniatura francesa del siglo XI (París, Biblioteca Nacional).**

En carnaval, las bromas de dudoso gusto están a la orden del día. Son la inconsciente supervivencia de antiguos rituales de denso significado

Claudio Corvino
Periodista

EN CARNAVAL, LAS PAPELERÍAS Y LAS tiendas especializadas exponen un sinfín juegos y bromas para chiquillos, cada vez más sofisticadas. Pero los más vendidos, sin contar las máscaras, continúan siendo los artilugios clásicos: los ruidosos matasuegras, que se desenrollan aparatosamente a cada soplido, y las inocuas bolsas de goma que, aplastadas por la víctima al sentarse, emiten un ruido poco edificante y harto embarazoso. Por no hablar de ese líquido fétido, contenido en cápsulas, que apesta indecorosamente escuelas y casas. Son las bromas de siempre, en ocasiones molestas, pero toleradas y que, en el fondo, son casi obligadas, quizás por ser un reflejo de la historia milenaria del carnaval, en el que los antiguos ritos y creencias no han perdido del todo su significado más profundo.

El eufórico señor Carnaval sigue estando inconscientemente ligado a aquellos ruidosos soplidos, a esa maloliente ventosidad que nos transporta a tiempos lejanos, a un mundo medieval que queda reflejado en las fiestas de las plazas, en los ruidos obscenos y en la locura colectiva.

Ventosidades pestilentes

Era una época en la que una simple ventosidad podía estar impregnada de concepciones genéticas o escatológicas. Era un mundo en el que los campesinos podían nacer de un pedo, posiblemente del de un asno, como cuenta en el siglo XIII Matazone de Caligano en el *Detto del villani* (Dicho de los Villanos): "La historia de su nacimiento quiero que sea de vuestro entendimiento, allí en una hostería una acémila había, de ella salió un estruendo, tan grande como un trueno: de aquel maloliente viento nace el villano pestilento". La misma muerte podía depender de una "distracción" intestinal, como temía el campesino descrito por el poeta francés Retebeuf en el siglo XIII (*Pet au vilain*) que, durante todo su fantástico viaje al infierno, llevó adherido al trasero un saquito de cuero, para de este modo evitar "que el alma se le fuera por el culo".

Las ventosidades carnavalescas y la mítica circulación de las almas llegan incluso a contaminar la *Comedia* de Dante, trivializando el infernal y perfecto mecanismo de castigo. En el canto XXI del *Infierno* (137-9) se respira un "aire carnavalesco", cuando cada uno de los diablos "se había mordido la lengua en señal de inteligencia con su jefe", dispuestos para peerse. Al vulgar gesto responderá el sonoro contrapunto de "su jefe", que "se sirvió de su trasero a guisa de trompeta". Una trompeta que Dante debió ver, o mejor oír, en su Florencia natal, en el puente de La Carraia, donde en el siglo XIV todavía se representaba el cortejo infernal en el que, según una descripción de Antonio Pucci (1309-1388), "las almas que eran puestas al tormento / Eran camisas llenas de paja / Y vejigas de buey llenas de aire".

Los diablos de Dante representan el mundo carnavalesco, sobre todo aquel disfraz-monigote "del cagón y pedorro señor Carnaval", como todavía se le llamaba a finales de la Edad Media.

Comer hasta reventar

Cagón, es decir diarreico, no como consecuencia de un hedonismo inmoral, sino por respeto al ritual.

Detalle del infierno en el *Juicio universal*, de Giotto (Padua, Capilla de los Scrovegni). Los demonios de la *Divina Comedia* de Dante se servían de su trasero a la manera de una trompeta, imitando el mundo carnavalesco.

El Carnaval debe comer hasta reventar, sus fauces deben engullir el mundo para conocerlo y, así, poder dominarlo. Preferidos, más aún, obligados, son los alimentos que aumentan la circulación de las almas-pedo, los más flatulentos, como los guisantes, las judías y las habas, ritualmente recomendados a las sociedades carnavalescas.

Siguiendo una ininterrumpida tradición gastronómica, hasta hace pocos años en Biella (en el Piamonte), el lunes de carnaval, un nutrido grupo de cocineros, con su atuendo de trabajo, cocinaba en ennegrecidos calderos hasta diez quintales de judías. Y todavía hoy, en Francia, en la fiesta de los Reyes Magos del 6 de enero, se acostumbra a esconder una haba en un dulce; el que come el pedazo que la contiene se convertirá en el rey de los truenos carnavalescos. Si, como pretende una antigua creencia pitagórica, el haba-alma que se come se puede transformar en 40 días en un embrión, entonces, calendario en mano, también nuestro rey parirá "algo" en carnaval.

Parece como si se repitiera ritualmente aquel pasaje del *Génesis* (2,7) en el que "JHWH [Yahvé] Elohim formó al hombre con el polvo del suelo, e inspiró en sus narices el soplo de la vida...". En una irreverente parodia, los "estúpidos" y los "locos" medievales recorrían las calles haciendo sonar unos artefactos con los que multiplicaban mágicamente las almas, provocando sonidos semejantes a los que realizaban los diablos del infierno, o los modernos enmascarados del carnaval de Sassari (Cerdeña), que aplastan rítmicamente bajo las axilas las mencionadas vejigas de buey llenas de aire.

El testamento del asno

Pero Carnaval, antes de morir, hace testamento, como hacían, antes que él, las figuras análogas del asno o del cerdo, que eran llevadas en procesión. Es justamente en una de estas redacciones del *Testamentum Asini* (hacia 1470), donde aparece un legado de especial interés. El animal ofrece las diferentes partes de su cuerpo a los asistentes, especificando *culum do sufflantibus*. Su "dulzaina" estaba destinada a los sopladores rituales (*sufflantibus*), que se ocupaban en reponer la diminuta reserva de almas en el mundo.

Puesto que las almas, no lo olvidemos, son muy pocas, tal y como señalan los mitos y los rituales de todos los pueblos que viven de la caza, de la pesca o de la cría de animales, los huesos, el cráneo y, a veces, también la piel de los animales deben ser conservados, en espera de un alma, de un soplo vital, que logre revitalizarlos.

El alma-soplo acompaña a los seres vivos durante todo su viaje terrenal hasta que, como escribe François Rabelais, se muere: "los hombres ventoseando, las mujeres follando, de tal modo que el alma, tanto en un caso como en el otro, se sale por el culo".

La vital y vertiginosa circulación de las almas tiene que ser protegida a toda costa, incluso por héroes cristianos, como san Blas, protector de otro lugar que también genera soplidos: la garganta. Por temor a que el delicado mecanismo pueda ser interrumpido, en el día dedicado a él –que por similitud entre

El pedo del oso

En los carnavales de la región de Gavarnie, en los Altos Pirineos, todavía hoy se efectúa el acto de insuflar el alma en un animal. Aquí, un personaje que finge ser médico, a solicitud del "domador", hace revivir el disfraz del oso mediante potentes soplidos en el culo del animal.

De modo análogo, en Suiza, el doctor 'Barba de Hierro' devuelve la vida al disfraz de carnaval, insuflándole aire a través de un tubo.

Lo que vemos hoy ritualizado en estas fiestas es un mito que durante el Medievo se extendió por toda Europa, el "pedo del oso", una creencia que una mano anónima del siglo XII esculpió lacónicamente en un capitel de la iglesia de Saulieu, en Francia: un hombre levanta la cola a un oso, dejándole expulsar lo que todos sabemos.

En carnaval hay que comer hasta reventar y son obligados los alimentos que provocan flato. Arriba, ***La fiesta de la judía*** **(por Jacob Jordaens, Viena, Kunsthistorisches Museum).**

Blasius y *blasen* (soplar) en Alemania era llamado "día del soplido"– está tradicionalmente prohibido tejer, porque los hilos utilizados podrían atar mágicamente los vientos que transportan las almas.

Entre los testamentos de las máscaras-animales, ya en el siglo IV aparece en los escritos de san Jerónimo (340-420), el *Testamentum Grunni Corocottae porcelli* (el testamento del puerco), entonado entre bromas y chistes por jóvenes escolares. Pero el cerdo y el asno no son los únicos animales que reinaron en este tipo de fiestas. Existe un carnívoro que, desde el Medievo hasta la actualidad, parece haber tenido un papel destacado en los ritos de carnaval y en la circulación de los vientos de los que venimos hablando: el oso.

La resurrección del oso

En estas fechas, en Cerdeña, tienen lugar varias representaciones, en las que Carnaval lleva un disfraz de oso. Son especialmente fascinantes las de Samugheo (Oristano) y Fonni (Nuoro). En esta última, *S'Urthu* –el oso, en dialecto local– está sujeto con cadenas por dos individuos –en Samugheo le sujeta el domador–, mientras intenta, en medio de la hilaridad general, ensuciar a las muchachas con hollín hecho con corcho quemado. En una apacible farsa de carnaval, que no es fácil de reconstruir, *S'Urthu* muere ritualmente, para después resucitar, entre la alegría de los espectadores y los golpes de *cironia* –una especie de látigo de clara connotación fálica– que atizan al oso los jóvenes de la asociación *S'Urthu*, vestidos de negro y con la cara manchada de hollín.

Aquí hay presentes elementos rituales que no han podido ser ocultados por los siglos, relativos a la muerte, la resurrección y la fecundidad, presentes desde el Medievo.

Según una difundida creencia, el oso saldría de la cueva la vigilia de san Blas, 2 de febrero, día de la Candelaria. Durante su hibernación en la cueva subterránea, habría estado en contacto con las almas de los difuntos, de las que se llenaría la panza, para después expulsarlas ruidosamente en el momento de despertarse, con la ayuda de algunas plantas laxantes de las que ya habla Plinio, "volviéndolas a poner en circulación", para beneficio de la humanidad.

Con una ambientación diferente, nos encontramos frente al mismo tema que aparece en las miniaturas que ilustran el *Romance de Fauvel*, de principios del siglo XIV. Éste muestra algunos personajes "carnavalescos" –se trata de una cencerrada, que por norma general era un ritual de desaprobación de un matrimonio considerado ilícito–, entre los que están los osos. Entre los disfraces destaca, como señala el texto, un hombre que "muestra su culo al aire", y a los "soplos" carnavalescos se refieren otros versos del romance. Una vez más, como sostiene el historiador J.C. Schmitt, "el viento es una metáfora explícita del pedo, evocada también por las *tontas canciones* obscenas recogidas más adelante en el manuscrito".

Seis siglos después, los mismos rituales sobreviven en calles y plazas de Italia, en un inconsciente culto al oso que continúa, de alguna manera, transportando las almas desde el mundo inferior al nuestro, con un rumor cíclico.

Para saber más

Buezo, C., *El Carnaval y otras procesiones burlescas del viejo Madrid,* Madrid, 1992.

Caro Baroja, J., *El Carnaval*, Madrid, Taurus, 1979.

Ciapelli, G., *Carnevale e Quaresima. Comportamenti sociali e cultura a Firenze nel Rinascimento*, Roma, Storia e Litteratura, 1997.

Hernández, O., *El Carnaval de Gran Canaria, 1574-1988*, Las Palmas de Gran Canaria, 1988.

Le Roy Laudurie, E., *Il carnevale di Romans*, Milano, Rizzoli, 1981.

Montesino González, A., *Fiestas populares de Cantabria. III. Carnavales urbanos de Santander y Santoña*, Santander, 1985.

Sada, J. M., *Carnavales donostiarras, De los orígenes a nuestros días*, San Sebastian, 1991.

Sánchez, M. Á., *Fiestas Populares*, Madrid, Maeva, 1998.

Tiberio, P. y Otermin, L., *Carnavales de Navarra,* Pamplona, 1993.

Valriu Llinas, C., *El carnaval a Mallorca*, Palma de Mallorca, 1995.